

PUEBLOS E IMPERIOS

Pagden, Anthony, Barcelona, Mondadori, 2002, 255 págs.

Destacado profesor de historia intelectual del King's College de Cambridge y profesor visitante en Harvard, actualmente docente en la Johns Hopkins University y autor de numerosos trabajos muy recientemente traducidos al castellano (*La caída del hombre: el indio americano y los orígenes de la etnología comparada*, *Alianza*, y *Señores de todo el mundo: ideologías del imperio en España, Inglaterra y Francia en el siglos xvi-xvii y xviii, Península*), pude acceder a trabajos de Pagden anteriormente gracias a la gentileza del colega Vicente Massot, quien lo publicara en *La Nueva Provincia*. Allí descubrí su interés compartido por la temática del imperio. Esta temática de su especialidad no es ajena a este texto –que llama “pequeño libro”–, como surge de su propio título, que intenta expresar con claridad su contenido. Ya en el prólogo precisa que estudia “la transformación de grupos de pueblos en esos enormes Estados a los que llamamos imperios”.

Pagden efectúa un interesante recorrido por los imperios, desde Alejandro Magno, considerado por éste el primer “emperador”, omitiendo quizás los antecedentes de Sargón y especialmente de los persas.

En este contexto pasan por las páginas de este estudio de historia comparada el Imperio Romano, el español, el francés, el británico y el soviético (?) –no llega a los EE.UU., aunque incursiona en matices de la globalización– buscando elementos afines que le permitan esbozar aspectos comunes.

El binomio colonizador-colonizado es uno de los puntos claves de su análisis comparativo sobre la permanente expansión de los pueblos, análisis que realiza mediante un buen manejo de fuentes literarias, antropológicas, ideológicas e históricas.

En el último capítulo el autor estudia los conceptos de imperio, raza y nación centrados en el imperialismo del siglo xix, efectuando interesantes precisiones diferenciales.

Las conclusiones lo acercan a nuestros tiempos, retomando la figura del historiador que busca en el pasado la respuesta de los problemas que lo aquejan hoy, al señalar que "la ley de las naciones sigue siendo hoy, al igual que para el emperador romano Caracalla, un credo universal. Es posible que, conforme nos adentremos en el nuevo milenio, y los cada vez mejores y más rápidos sistemas de comunicaciones compriman nuestro mundo, necesitemos algún código común que sea capaz de unirnos a todos, aunque sólo sea en los momentos de crisis. En la actualidad, no parece que sobre la mesa haya nada más que esta ley de las naciones. Sin embargo, haremos bien en recordar en nuestro entusiasmo multicultural que esta ley, como todas las formas de universalismo, se creó para convertir a un grupo de pueblos en imperio" (pág. 206).

Una buena bibliografía, que incluye las fuentes utilizadas y un apéndice de datos fundamentales de figuras claves, completa el libro.

FLORENCIO HUBEŇÁK